Master Negative Storage Number

OCI00044.09

Historia de la urraca ladrona

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 9

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

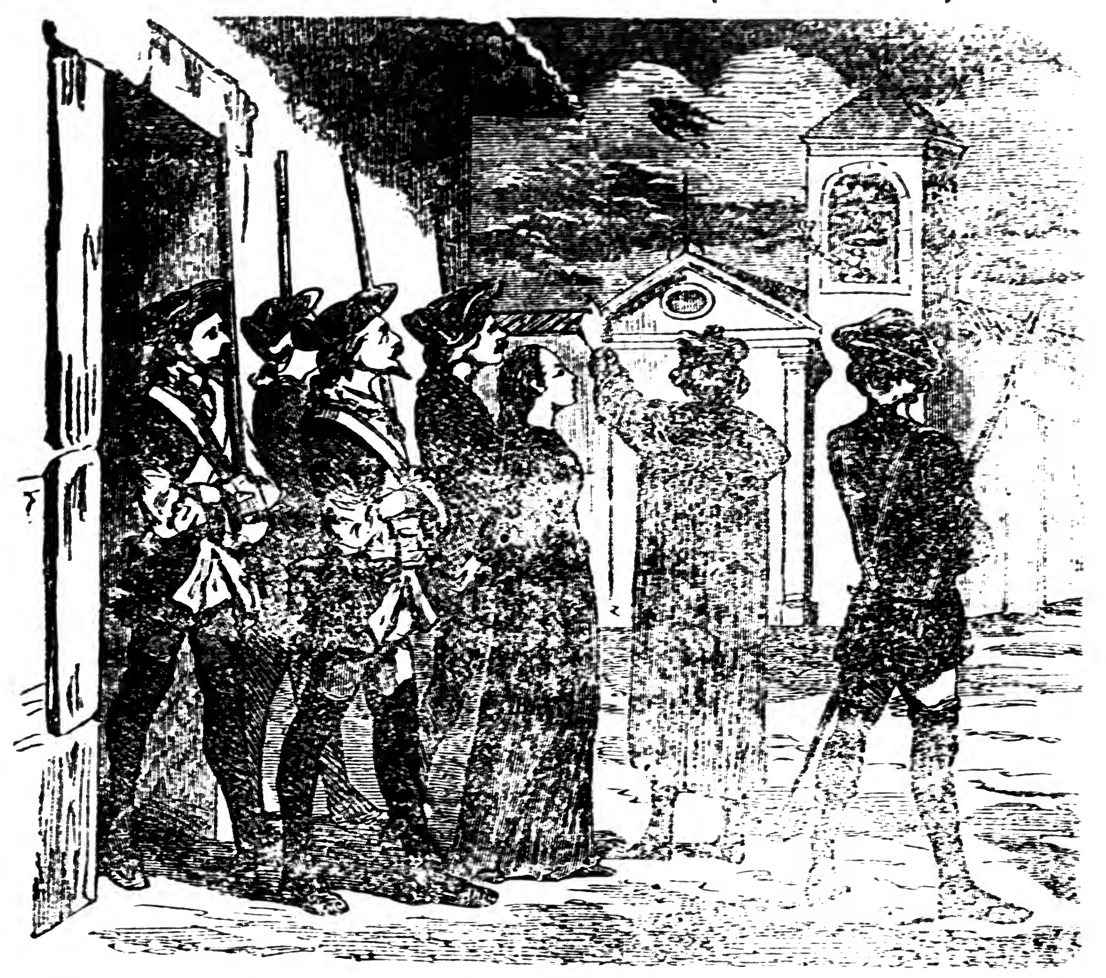
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: **OCl00044.09**

Control Number: ADT-5343
OCLC Number : 29717127
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HURR
Title : Historia de la urraca ladrona : maravillosa tradicion acaecida en Francia á últimos del siglo pasado, cuyo personaje principal fué un ave.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE LA

URRACA LADRONA.

Maravillosa tradicion acaecida en Francia á últimos del siglo pasado, cuyo personaje principal fué un ave.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA

DE LA

URRACA LADRONA.

INTRODUCCION.

La vuelta del soldado.

Figuraos una pequeña aldea en Francia, próxima á París, con sus casas blancas y de tejado, formando ángulo, que vista por entre las retamas y los tomillares parecen trozos de lienzo blanco puestos á secar en la pradera; con huertos de tilos y árboles frutales, y sus cercados de troncos de viejas encinas.

Figuraos dominando todo este conjunto armonioso una torre de ennegrecida piedra, de ventanas cuadradas sin cristales, por donde á veces sale el humo del incienso y entra por la noche la luna á circuir con su blanquecina luz los cuadros de los retablos que adornan el altar mayor.

Ved en la plaza delante de la iglesia, formando un semicírculo, una veintena de tilos, que esparcen grata sombra en el abrasador estío, y más allá, á lo lejos, en lontananza, altas montañas, azuladas y risueñas cuando el sol apunta en el Oriente su primer rayo de oro; pardas y sombrías cuando la sombra de la noche sube del fondo de los valles como una gasa ligera que envolverá dentro de poco todo el espacio.

Hé aquí el sitio donde empieza y concluye la accion de nuestro drama, porque lo es, y en él entendieron los tribunales. El marco que encierra el cuadro que vamos á trazar es una verdad sublime y constante, á saber: que el dedo de Dios siempre va á borrar el crímen donde no existe, á pesar de las apariencias, y que la verdad y la inocencia siempre cuentan con su favor divino.

Los detalles los irán conociendo aquellos que sigan la narracion de los sucesos.

I.

En los últimos años del siglo pasado vivia en una aldea el anciano Gervasio con su familia.

Componíase esta de su mujer Juliana, con quien llevaba ya bastantes años de venturoso matrimonio, y su hijo Miguel, honrado jóven que servia á la sazon en los ejércitos del Rey.

Habia además en su casa, formando parte de ella, si no de la familia, la jóven Ana, preciosa muchacha de veintitres años de edad, cuyos encantos personales y cualidades de virtud y honradez hacian su trato halagüeño y apetecible por demás. Ana era hija única de Granville, quien en otro tiempo habia disfrutado de una excelente fortuna, siendo uno de los labradores más opulentos del contorno; pero la mala direccion de sus negocios y la desgracia que algunas veces se empeña en sujetarnos á su yugo, redujeron poco á poco su capital, en términos que, pasado algun tiempo, se encontró en la más dura pobreza. No disponiendo, pues, de ningun medio para atender á la educacion de Ana, su hija, concibió el proyecto de separarse de ella, sentando plaza de soldado en el ejército, encomendándola al amparo de una hermana de Gervasio, que vivia en París. Esta, viendo que Ana adquiria con la edad nuevos encantos, y no queriendo exponer su virtud á las seducciones y peligros que naturalmente rodean á una jóven en una ciudad populosa, la recomendó á su hermano Gervasio, en cuya

compañía estaba en el punto que principiamos el relato de esta verídica historia.

Blas, ahijado de Juliana, mujer de Gervasio, cuidaba de los aperos de la labranza, y aun del gobierno exterior de la hacienda, por ser esta mucha y reclamar los auxilios de otra persona.

Blas era un pobre muchacho, muy temeroso de Dios, muy arreglado, pero tambien, fuerza es decirlo, de un entendimiento muy limitado, aunque de sano corazon. El suyo suspiraba por Ana hacía dos años, es decir, que estaba enamorado de la chica, si bien nunca sus lábios se habian despegado para declararla su amor, no sabemos si por cortedad de génio, ó si, como es muy probable, por sospechas de que Ana y Miguel, el hijo de Gervasio, se amaban tiernamente desde antes de partir aquel á la guerra, cuando le tocó la suerte de soldado.

De cualquier modo, y aparte de esta circunstancia, Blas era uno de los muchachos más felices de la aldea, como lo indicaban sus abultados mofletes y color encendido, capaz de avergonzar á la grana. Sin embargo, fuerza es confesar que habia en la casa un objeto, un sér que le molestaba en alto grado, segun él se confesaba á sí mismo, pero contra el cual no se atrevia á desahogar su tirria por ser de la predileccion de su madrina Juliana.

Y era este objeto una linda urraca de plumaje lustroso y negro como la noche, con los ojos chispeantes de malicia y con todas las malas mañas que acompañar suelen á bichos de su especie.

Y hasta cierto punto, la antipatía de Blas hácia el ave estaba harto justificada, pues el mancebo era objeto de burlas y malos tratamientos de aquella. Cuando Blas, á escondidas de todos, hurtaba alguna golosina ó iba á quitar la paja, como vulgarmente se dice, á alguna tinaja de vino, la urraca, que le espiaba oculta, fingiendo y ahuecando la voz, le llamaba por su nombre, produciéndole no poco susto el creer que su fraude estaba descubierto. Si alguna vez, rendido de fatiga, se quedaba dormido en el ban-

co de piedra que habia junto á la puerta del huerto, allí estaba la urraca para darle un picotazo en la punta de la nariz ó para tirarle de su encrespado cabello.

Pero tenia que contentarse con maldecirla de dientes adentro y aplazar su venganza para mejor ocasion; pues ya hemos dicho que el pájaro era muy querido de Juliana.

La tarde en que da principio nuestro relato, era una de las más apacibles y serenas del mes de Mayo. El cielo estaba azul y despejado, y solo tres ó cuatro nubecillas de ópalo y grana se agrupaban en el Poniente como si quisieran servir de túnica al último rayo del sol que iba apagando sus fulgores. Una brisa templada y suave, cargada con el ardiente olor del romero y la mejorana, subia de entre los tomillares del bosque, columpiando entre sus tallos las anaranjadas campanillas, los linos azules y botones de oro de las retamas, y entre la más elevada copa de un tilo entonaba un ruiseñor su último canto al dia que espiraba.

Todos en casa de Gervasio hacian coro á esta solemnidad de la naturaleza; todos estaban contentos á porfía.

Y era natural: Miguel, el hijo del anciano labrador, despues de haber servido ocho años en el ejército del rey, volvia aquella misma tarde á su hogar, con su licencia absoluta y tres condecoraciones. Regresaba hecho un veterano.

Juliana, como buena madre, estaba deseando darle un estrecho abrazo y besar su atezado bigote ennegrecido por la pólvora. Lloraba de alegría.

Ana se ruborizaba al pensar en que iba á ver á su adorado amante, con sus veinticinco abriles y su brillante uniforme; Blas tambien se extremecía de placer al esperar, aunque era su rival, á aquel compañero de su niñez, al buen Miguel que tanto le queria, y su regocijo subia de punto al considerar que con su vuelta habria aquella noche baile y jolgorio en la granja.

Tambien el buen Gervasio anhelaba el momento de abrazar á su hijo, solo que á su alegría se mezclaba una idea que, al parecer, le atormentaba algo.

Conviene saber que Gervasio, al notar la inclinacion mútua que Ana y Miguel se tenian, concibió el proyecto de unirlos en matrimonio al regreso de su hijo; pero este plan se estrellaba ante la tenacidad, ó mejor dicho buen deseo de Juliana, que juzgaba un mezquino partido para el hijo de su corazon la mano de la doncella.

Bien es verdad que la pobre madre hubiera querido casarle con una de las reinas más encopetadas de Europa. Por eso hemos dicho que la felicidad de Gervasio estaba enturbiada con la oposicion de su mujer.

El momento se aproximaba, y decidieron salir á esperar al granadero sobre la colina que dominaba el sendero que conducia á la aldea, á excepcion de Ana, que se quedó en la granja cuidando de los preparativos de la comida, que debia servirse al aire libre, á la puerta del huerto, bajo unos corpulentos castaños.

Para dar mayor solemnidad al acto, pues la ocasion lo requeria, quiso Juliana sacar del armario una docena de cubiertos de plata, que solo en las grandes festividades salia á relucir, encargando, y no una vez sola, á la doncella que tuviese muchísimo cuidado con ellos, pues el dia del santo de Gervasio habia desaparecido un tenedor, sin que fuera posible dar con él ni saber su paradero.

Miguel habia hecho su jornada aquel dia con el pensamiento fijo en la pobre aldea que le viera nacer, alargando de vez en cuando la cabeza para descubrir el primer árbol, la primera casa, el techo paternal.

Y esto era muy puesto en razon; despues de ocho años de ausencia, ocho años sin ver los objetos queridos de su alma, él que habia soñado con todo aquello en el campamento y en el cuartel, sentia una ansiedad cada vez mayor y más creciente al aproximarse.

En cada sauce del camino, en cada oculta peña encontraba un recuerdo ya olvidado de su niñez. Las flores silvestres impulsadas por el viento le saludaban al pasar como un antiguo conocido; en los intersticios de las piedras los lagartos de lustrosa y pintada piel le contemplaban sin asus-

tarse, con sus ojos fijos como la péndola de un reloj parado y las golondrinas revoloteaban en su derredor, como si fueran las conductoras misteriosas de aquel hijo de la aldea.

De repente sintió un ligero extremecimiento del aire, ligero grito de bienvenida. Era el tañido de la campana chica de la aldea que sonaba al toque de vísperas.

La campana cuando hace oir su voz en la soledad de los campos, siempre sobrecoje al alma que la escucha; pero cuando este sonido no resuena en nuestros oidos hace ya ocho años y además es precursor de una fausta entrevista, entonces dilata el corazon y hace que la alegría rebose en él.

Miguel no pudo menos de arrodillarse, descubrirse y orar; aquella campana le habia saludado al nacer.

Entonces se acordó de que su padre, Juliana, alguien tal vez de su familia, la amada de su corazon, pudieran haber dejado de existir.

¡Suceden tantas cosas en ocho años!

Aquel pensamiento le hizo levantarse y proseguir su jornada, aun cuando el corazon no le predecia ninguna desgracia.

Y anduvo, anduvo sin parar, viendo que ya el sol se iba á ocultar entre las nubes de oro y grana.

Anduvo porque tenia necesidad de abrazar á los suyos.

No trascurrió mucho tiempo sin que apareciera Miguel, con su gorra doblada, cuya borla le caia sobre el hombro, su empolvado uniforme sobre el que brillaban tres condecoraciones y su morral á la espalda. Inútilmente trataríamos de describir la escena de júbilo que á su llegada tuvo lugar. Todos aquellos que hayan estado ocho años esperando á una persona querida, y de repente se hayan encontrado en su presencia, pueden figurársela, y como Miguel era tan querido en la aldea por sus buenas cualidades, todos á porfía se apresuraban á darle la bienvenida. Precedidos del gaitero, que marchaba á la cabeza, llegó toda la comitiva á casa de Gervasio, donde se repitió la misma escena de alegría entre los dos amantes, Ana y Miguel. Allí se desfondaron dos toneles cuyo líquido sirvió para alegrar las cabe-

zas, haciendo todos los honores dignamente á la comida preparada por Juliana. Mil y mil preguntas distraian la atencion del granadero sobre las batallas en que se habia encontrado y los diversos países que hubo recorrido. Todos querian estrechar la mano del valiente que tan sendos tajos habiá repartido y Miguel se veia en la necesidad de interrumpir su relacion para satisfacer la ardiente curiosidad de los buenos aldeanos.

Terminada la comida y mientras seguia el baile en el huerto, quiso ir el jóven á visitar la imágen de la Vírgen en la iglesia, de quien se despidió con lágrimas en los ojos el dia de su partida, y á quien volvia á ver honrado y feliz. Sus padres y amigos, que no le abandonaban, se apresuraron á acompañarle en tan piadosa visita.

Sola quedó Ana recogiendo los utensilios de la mesa y pensando en la felicidad sin límites que la esperaba si llegaba á realizarse su union con el granadero. La pobre niña, ébria de placer, daba rienda suelta en su imaginacion á ideas tan seductoras, aumentando su contento una carta de su padre que por la mañana habia recibido, donde la decia que siendo destinado su regimiento á París no tardaria en abrazarla, aprovechándose de la proximidad de la aldea á la capital. Tales pensamientos distraian su mente, cuando un leve ruido de pasos la hizo volver la cabeza y dar un grito de alegría. Estaba en presencia de su padre; solo que el aspecto de este y la hopalanda gris que envolvia el uniforme, llamaron su atencion.—¿Qué es eso, padre mio, qué teneis? preguntó con alterada voz.—Estoy perdido, hija de mi alma, y solo tú puedes salvarme; por eso vengo á tí. Entonces empezó á explicarla brevemente la causa que motivaba allí su presencia.—Tan luego como llegué con mi regimiento á París, la dijo, pedí licencia á mi capitan para venir á abrazarte; éste, por razones que no pude comprender, tal vez por un capricho, no quiso concedérmela, yo insistí, él volvió á negarse, le pedí explicaciones, nos acaloramos y yo hice ademan de levantarle la mano. La ordenanza está terminante; aquella accion debe ser castigada

con la muerte, y yo, para evitar un suplicio ignominioso, he desertado.

La pobre niña, anegada en lágrimas, oyó el final de aquella relacion que terminaba con la desgracia de su padre y la suya propia; mas fueron interrumpidos antes de que ambos á dos pudieran hallar un desenlace satisfactorio.

Era el bailío del pueblo, la autoridad civil, que llegaba presurosa á dar á Miguel la bienvenida. No teniendo Granville, el padre de Ana, tiempo para ocultarse, se sentó junto á la mesa fingiéndose dormido y rendido de fatiga. El bailío, al saber por Ana que aquel hombre era un pobre caminante, nada sospechó, y empezó á hablar á la jóven de una ardiente pasion que sus encantos habian despertado en su pecho. Calcúlese la situacion de la infeliz, oyéndose requebrar en presencia de su padre á quien amenazaba una muerte segura por el doble delito de insubordinado y desertor. Su angustiado estado se agravó con un pliego que un soldado procedente de París entregó al bailío. Este, que era sumamente corto de vista, empezó á buscar, aunque inútilmente, en el bolsillo sus anteojos, y convencido de que no los llevaba, suplicó á Ana que leyese el pliego. ¡Gran fortuna fué para la doncella y su padre! Era una órden del coronel del cuerpo donde servia Granville, recomendando á todas las autoridades del contorno la captura del desertor, con su filiacion para que pudieran reconocerle. La jóven, para salvar á su padre, cambió las señas; así es, que en donde decia seis piés, puso cinco; al color del reo, que era moreno, le hizo pasar por rubio, cambiando asimismo el nombre del regimiento y los distintivos del uniforme. Tal supercheria salió á las mil maravillas, pues aun cuando el bailío registró á Granville, como las señas estaban en tal discordancia nada sospechó; volviendo otra vez á insistir con Ana para que premiase su amoroso afan. Esta rechazó con dignidad un amor que tanto la ofendia, y entonces el bailío salió jurando vengarse cruelmente, como segun veremos más adelante trató de hacerlo.

Solos Ana y su padre, viendo por el pliego anterior la inminencia del peligro, éste la declaró que trataba de huir, caminando solo de noche, hácia la frontera de España, pero que no poseia ni un franco, para lo cual era absolutamente preciso que Ana vendiese un cubierto de plata, única alhaja que el soldado poseia, grabado con la inicial de su apellido, y el que le entregó. Como la noche avanzaba, la venta no podia realizarse hasta la mañana siguiente; así, pues, dispuso que pasaría la noche fuera del pueblo, oculto en la maleza, y que Ana depositaría el producto del cubierto en el tronco de un sauce que habia en el linde del camino.

Se abrazaron estrechamente despues de convenir en todo esto, y Granville partió mientras que su hija le encomendaba con fervor á la proteccion de la Vírgen.

II.

Pruebas contra la inocencia.

Eran las cinco de la mañana.

Ana, que no habia podido dormir en toda la noche, se dirigió á la posada del pueblo con ánimo de cumplir la voluntad de su padre vendiendo el cubierto. Recordaba que hacia pocos dias habia llegado á la aldea un buhonero, mitad judío y mitad italiano, que era el que podia sacarla del apuro, pues el haber recurrido á otra persona hubiera hecho sospechar y descubrirse todo. Pero el buhonero no estaba á la sazon en su alojamiento, así es, que solo pudo dejarle recado para que tan luego como llegase tratará de verla.

Todos dormian en casa de Gervasio, pues aunque ya habia amanecido, como el baile y la broma de la noche anterior se prolongase demasiado, el sueño los tenia aun sujetos á la cama.

Solo Ana, andando de aquí para allí y sollozando con afan, esperaba ansiosa la llegado del mercader, considerando que su padre estaba cada vez más comprometido.

Por fin llegó aquel, y tras de mucho regatear, como es

costumbre añeja en tales gentes, entregó á la niña diez y nueve francos por un cubierto que valía treinta y ocho, saliendo muy contento y regocijado con el negocio que acababa de realizar.

Ana, en medio de todo, estaba satisfecha, pues ya podia entregar á su padre aquella cantidad para que se pusiera inmediatamente en camino; mas al ir á partir se vió detenido por Miguel que aun no habia tenido ocasion de hablar á solas con ella.

La conversacion, como era de esperar, giró sobre el amor que ambos se profesaban y el proyectado matrimonio, y aunque la impaciencia aguijoneaba á la doncella, se vió obligada á disimular, fingiendo lo que en tan apurado trance no sentia, mas no tan bien que Miguel no advirtiese lágrimas en sus ojos y emocion en su voz. Pudo y debió haberse confiado á su amante, pues entre los dos hubieran procurado la salvacion de Granville, mas no se le ocurrió semejante medio y prefirió esperar la ocasion.

Ello es, que cuando quiso recordar ya estaban allí Gervasio, Juliana y Blas, y aun la urraca, siendo de todo punto imposible salir de casa sin excitar sospechas, ó á lo menos sin revelar el motivo. Despues de los parabienes generales, cada uno se dedicó á sus tareas, quedando solas las mujeres, Juliana entretenida en limpiar sus cubiertos de plata para guardarlos despues, y Ana ocultando su afliccion lo mejor que podia, y arreglando los muebles de la estancia. Cada una entregada á bien diversos pensamientos, que ningun punto de contacto ni relacion tenian entre sí, como diversos eran los efectos de que cada cual estaba poseida.

De repente Juliana, que, como hemos dicho, limpiaba los cubiertos, dió un grito penetrante; acababa de contarlos y faltaba una cuchara. En vano, á instigacion de Ana, volvió á contarlos; siempre resultaban once: la cuchara no parecia.

Juliana tenia mucho amor á su plata, y como ya hemos dicho que unos veinte dias antes desapareció un tenedor, llegó á imaginarse que aquello no era efecto de una pérdi-

da casual, y sí de una mala intencion, y aun llegó á pronunciar la palabra robo, cosa que disgustó en extremo á su ahijado Blas y á Ana, quienes protestaron contra tan dura calificacion.

—Búscala bien y parecerá, habia dicho Gervasio.

—Parecerá sin duda, añadió Miguel.

Y todos con afan empezaron á registrar la casa y todas sus dependencias, sin que la cuchara pareciera, haciendo inútiles todas sus pesquisas.

Mientras que iban de aquí para allá, meneando sillas, levantando esteras y buscando por todos los rincones de la casa, arriba en el caballete del tejado, movia la urraca su negro plumaje, mirando con expresion maliciosa toda aquella operacion.

—Pues señor, esto es muy chocante, decia Juliana pálida de ira; en quince dias un tenedor y una cuchara, es decir, un cubierto entero... el robo no puede estar más patente; el ladron se oculta en mi casa, y si acierto á dar con él...

—¿Qué decís de robo y de ladron? Preguntó el bailío que acompañado de su amigo el escribano, entró en la habitacion.

Inmediatamente Juliana le enteró de todo lo sucedido, pintando la desgracia con los colores más negros y empeñada en echar la culpa á alguno, si bien Gervasio procuraba atenuar la pérdida y atribuirla á un descuido cualquiera.

—No, no; esto es muy grave, dijo el bailío que empezaba á vislumbrar un proceso.

—Muy grave, añadió el escribano, como haciendo eco á su superior.

Debemos advertir antes á nuestros lectores, para la inteligencia de lo que va á seguir, que cuando salia el buhonero de la estancia despues de haber comprado el cubierto que Ana le vendiera, habia hablado Blas con la muchacha, y enterándose de la venta, reprendióla por no haber recurrido á él que guardaba tres luises en una hucha, producto de sus economías.

Ahora bien: prosigamos.

El bailío, sentándose á una mesa con el escribano, quien sacó papel y tintero, constituyó así una especie de tribunal bajo su presidencia para adquirir y saber la verdad del hecho.

Juliana, al ver el sesgo formal que tomaban las cosas, empezaba á sentir ya el haber dado ella pábulo con sus gritos y exclamaciones á todo aquello: Gervasio estaba dado al diablo por la trapisonda que habia movido su mujer; Miguel, taciturno, veia y oia; Ana lloraba y Blas no se daba cuenta de más sino que su madrina habia dicho que en la casa habia un ladron.

—¿Quién es la encargada de sacar y guardar la plata? preguntó el bailío ahuecando la voz.

—Ana, contestó Juliana.

—Está bien, y Ana no es de la familia.

—¿Qué es esto?... ¿sospechais de mí?... ¡Dios mio!... dijo la doncella prorrumpiendo en lágrimas.

Pero al tratar de enjugarlas sacó su pañuelo del bolsillo dejando caer el dinero que hubo recibido del buhonero y que envuelto en un papel llevaba.

—¡Hola! ¡dinero!... murmuró el bailío; ya está patente el hecho; este dinero es el producto...

Y el bailío sonreia ante la idea de que aquel crímen le entregaba á su poder la doncella á quien amaba.

—Ese dinero es mio.

—Tiene razon; yo se lo he visto adquirir, añadió Blas indignado ante la idea de que hubiera quien sospechare de Ana.

—¿Y cuál es su procedencia?

Entonces Blas explicó que aquel dinero venia de un cubierto que aquella misma mañana habia vendido la jóven.

Pero fuerza es confesar que aquel cúmulo de extrañas coincidencias acriminaban á la muchacha en vez de salvarla. Efectivamente, á Juliana le faltaba un cubierto; Ana habia vendido uno aquella misma mañana. Además, su turbacion, sus palabras balbuceantes daban mayor colori-

do á la acusadora apariencia, de tal modo, que Juliana, Gervasio, y aun el mismo Miguel, empezaron á dudar.

Tambien el bailío, con sus ideas de venganza por el menosprecio de su amor y la burla de haber cambiado las señas en el pliego del dia anterior, procuraba hacer mayor la culpabilidad y fuerza que resultaba en todas aquellas circunstancias.

La situacion de Ana no podia ser más lamentable. Mientras su padre la esperaba para salvarse, ella era objeto de una infame acusacion, que preciso es confesar no carecia de pruebas, pero que por lo mismo aumentaba más su desventura, porque todas ellas propendian á infamar su reputacion.

Solo habia un medio de deshacer como el humo las recriminaciones de que era objeto, confesando la verdad del caso; pero entonces descubria á su padre y al apartar de su cuello la cuchilla de la ley la echaba sobre el anciano autor de sus dias.

Su abnegacion triunfó de todo y resolvió arrostrar ella sola las consecuencias de su desgracia, no ocultándosele que aquellas debian ser muy fatales.

Blas tambien en medio de su tribulacion y queriendo á toda costa hacer que triunfara la inocencia de la muchacha, dió con una idea, que en otra ocasion hubiera sido excelente, pero que entonces sólo iba á servir para hacer mayor la prueba de conviccion contra Ana.

Buscaré, habia dicho, al buhonero, que nos presente el cubierto que Ana le ha vendido y verémos entonces como no es el que mi madrina echa de menos.

Y partió como un rayo en busca del judío.

Ana palideció al oirle, porque recordó que el cubierto estaba marcado con una G, inicial de su apellido, y los de Gervasio tenian la misma marca.

La desgracia iba envolviéndola cada vez más en su tupida red y ya solo el amparo de Dios podia hacer que triunfase la inocencia.

Miguel, interesado tambien como Blas, fué en busca del

buhonero; Juliana lloraba, y Gervasio, aun admitiendo que Ana fuese criminal, la perdonaba, rogando al bailío que destruyese todas las pruebas de aquel endiablado negocio, cosa que el bailío rehusó hacer, protestando que aun cuando la parte agraviada perdonase, tenia que satisfacer la vindicta pública, aunque en realidad era esto lo que menos le ocupaba, y sí el conseguir por este medio la posesion de Ana.

Por fin, compareció el buhonero judío, aunque sin el cubierto, pues segun dijo, le habia vendido ya; pero al serle presentado por Miguel uno de los de su madre, confesó que era enteramente igual al que la doncella le vendió, estando marcado con la misma letra.

Esta declaracion cayó como una bomba entre los concurrentes: ya no habia motivo para dudar, pues la duda se convertía en evidencia, y ante aquella realidad no habia más que cerrar los ojos confesando dolorosamente el crímen de aquella mujer, un crímen bajo é infame, más que cualquier otro, por las circunstancias que le rodeaban, que eran agravantes todas ellas. En su consecuencia, se procedió á la prision de Ana, quedando desde aquel dia constituido el tribunal que debia juzgarla, y haciéndose sentir en él la influencia fatal del bailío.

Ana atravesó la aldea entre gendarmes, con lágrimas en los ojos y la infamia en la frente, mientras su pobre padre, ignorante de todo, no sabia á qué atribuir su tardanza.

Ana, al salir de aquella casa donde tantos ratos de consuelo habia disfrutado su corazon, donde todo el mundo la habia mirado siempre como de la familia, sintió su corazon trastornado por el dolor, porque la sospecha mata al inocente lo mismo que el delito al criminal.

Era objeto de una acusacion, infundada, es verdad, pero basada en pruebas admitidas en derecho, y sin embargo, todos aquellos corazones á quienes creia animados del mismo sentimiento que el suyo, la dejaban ir, no sin dolor, ó al menos con cierta indiferencia, bastante para ella.

Miguel, su mismo prometido, cerraba los ojos por no verla.

—Esto parece un sueño, decia entre sí. Yo ni aun hubiera sospechado, dado caso de que alguien le acusara; á mis ojos siempre seria inocente.

Pero el hilo de sus pensamientos era cortado por los dos gendarmes que á su lado caminaban, y la realidad dura y cruel le convencia del hecho y de lo triste de la situacion.

Así llegó á la cárcel.

Mientras tanto la urraca seguia atusándose su plumaje en el caballete del tejado.

III.

La despedida.

El proceso, gracias á la multitud de pruebas de conviccion que arrojaba, y sobre todo á la actividad maligna del bailío, que cada vez era más despreciado por Ana, se instruyó con una rapidez maravillosa.

Y el código entonces estaba terminante.

El robo doméstico, acompañado de circunstancias tan agravantes, se castigaba con la pena de muerte.

Ana se obstinaba en negar, á pesar de los esfuerzos é intimaciones de la familia de Gervasio. Protestaba de su inocencia, añadiendo que si ella revelase un secreto, esta resultaria por encima de tantas pruebas acumuladas para perderla; pero que nunca lo haria porque el tal secreto no era suyo, y haciéndose público apresuraria la ruina de una persona querida; así, pues, que preferia sacrificarse y que lo hacia con gusto.

Al siguiente dia de lo que llevamos referido debia ser públicamente juzgada, y nadie ponia en duda de qué naturaleza seria la sentencia.

Miguel habia estado en la prision á despedirse de ella. Las fiestas y regocijos de su proyectado enlace se trocaron en lágrimas y gritos ahogados; cuatro súcias y húmedas paredes de una prision fué el tálamo nupcial de aquellos infelices amantes. Gervasio y Juliana tambien acudieron

á la cárcel para hablar al bailío, que estaba en ella á la sazon.

En vano emplearon lágrimas, ruegos, promesas de dádivas, en fin cuantos medios de persuacion estuvieron á su alcance; todo fué inútil. Gervasio prometió vender su granja, su molino de la ermita, todo cuanto fuera necesario para comprar aquella vida que pertenecia á la justicia, que la ley reclamaba; pero el bailío fué insensible en aquella ocasion. La familia de Miguel habia llegado á sospechar la verdadera causa de la tenacidad del bailío, llegando á echarle en cara aquella impura pasion y el amor propio del magistrado y recrudecer más sus sentimientos de venganza.

Este á su vez, solo en el calabozo con Ana, trató de pintar lo angustioso de su situacion; el cadalso con todos sus tormentos morales y materiales, el sufrimiento del cuerpo, la infamia del alma, el verdugo y la multitud que la esperaba en la plaza para presenciar su agonía sin extertor, rápida como el rayo; la vergüenza de un delito tan infamante.

Ana le escuchaba sin oir.

Díjola que accediendo á su pasion, que premiando sus deseos, él la libertaria de todo aquello; que él tenia medios para deshacer todas las pruebas que se levantaban contra ella como otros tantos acusadores espectros para perderla; pero la doncella, con el pensamiento en Dios, único que podia salvarla, paciente y resignada, rechazó aquellas proposiciones de infâmia, dando su desprecio por única respuesta, con lo que el bailío salió de la prision resuelto á hacerla perecer.

Blas tambien se presentó, más afligido aún que la misma presa, para despedirse de ella.

—Blas, quiero que me hagas el último favor, dijo Ana; me dirijo á tí porque eres el único que no has sospechado, que me has creido inocente, y porque me amas... sí, hace dos años que he sorprendido tu secreto, pero no he correspondido á tu amor porque...

—Sí, has hecho bien, murmuró Blas sollozando: Miguel es un buen chico y yo soy un imbécil.

—En fin, ayer me has ofrecido tus ahorros: yo no quiero sino una parte de ellos. Hoy mismo tomarás un luis de oro y lo pondrás en el tronco del primer sáuce que está á la entrada del pueblo, pero sin detenerte un minuto ni volver la cabeza por curiosidad. ¿Me lo prometes?... es un secreto.

—¿Puedo yo negarte nada, Ana?... iré.

—Está bien; ahora toma ésta sortija que me he olvidado de dar á Miguel, se la entregarás en memoria mia: dile que no me olvide, que no dude de mi inocencia y que me perdone.

—Está bien, Ana.

—Tambien á tí quiero darte algo para que recuerdes á la pobre Ana; toma esta cruz de plata, una prenda que me dió mi madre al morir, y que desde hoy quiero que te pertenezca...

Las lágrimas interrumpieron á la pobre jóven; Blas cayó de rodillas besando sus manos y sollozando tambien.

En aquel momento se abrió la puerta del calabozo.

Eran los gendarmes que se presentaban para conducirla al tribunal. Ana marchó tristemente á oir su sentencia.

Blas salió de la cárcel con el corazon transido de dolor, si bien llevaba el consuelo de que iba á servir de algo á Ana, y de qué poseia una cruz que esta le habia dado.

Es preciso confesar de que á pesar de su tosca apariencia y abultados mofletes, era un hermoso corazon el del muchacho, único que no habia sospechado de la culpabilidad de Ana, y el más dispuesto á sacrificarse por la muchacha.

Blas tenia, como ya hemos dicho, tres luises de oro relucientes como el sol, fruto de no sabemos cuántos años de ahorros, y los guardaba en una hucha de barro que le habia costado tres cuartos ó pocos menos.

Pues bien, el jóven, decidido á hacer el favor por completo, fué á su casa y rompió la hucha sacando el dinero.

Porque en medio de todo habia calculado bien.

Si aquel dinero, como no podia menos, era para alguien que le esperaba, mucho más podia hacer con los tres luises

que no con los diez y nueve francos que le habian pedido.

Esta reflexion era juiciosa.

Y medio alegre y medio mohino emprendió la ruta de que Ana le diera las señas.

Cuando la fuerza del dolor era en él menos intensa, acortaba el paso, pues de ese modo daba campo á la reflexion, y sabido es que el que camina muy deprisa reflexiona poco; pero al hacerse cargo de la angustiosa situacion de Ana, entonces ni un águila, ni el mismo huracan hubiera podido darle alcance.

El queria apresurar todo aquello y que tuviese pronto resultado, como si solo el impulso material que daba su voluntad á sus dos piernas hubiera sido suficiente á conseguirlo.

Era poco más de medio dia: es decir, que el sol hacia sentir sus rayos en toda su fuerza; así es, que el pobre labriego sudaba y trasudaba de calor y de fatiga.

Salió del pueblo y ya su vista esperimentada vió á lo lejos el primer sáuce donde tenia que colocarse el dinero.

Mas no vió que al aproximarse él hácia aquel sitio, un hombre que venia en direccion opuesta, esto es, hácia la aldea, huyó el cuerpo escondiéndose detrás de unas ramas, y volvió á emprender su jornada cuando aquel pasó.

A través de la opalanda gris que encubria aquel hombre y que el viento levantaba en su carrera, se veian los galones de un uniforme.

Ello es, que Blas detuvo su carrera frente por frente del sáuce indicado; pero allí metió la mano en su bolsillo para dejar en él la cantidad convenida y... se quedó pálido como un difunto.

Los tres luises habian desaparecido.

En vano se registró y palpó minuciosamente de arriba abajo, hasta el interior de los zapatos: no pudo dar con el dinero.

Y dando vueltas y revueltas en su imaginacion á los diferentes modos de que se pueden perder tres luises, concluyó con atinar la verdadera causa; esto es, que con la

precipitacion de la carrera se le habian caido del bolsillo, única solucion más admisible que podia tener el asunto.

Blas maldijo su demasiada prisa, su imprevision y no sé cuantas cosas más, antes de decidirse á desandar lo andado, y buscar aquel dinero, reunido con tantos afanes y sudores y perdido en menos de cinco minutos.

¡Y no habia más sino que buscarle ó quedarse sin él!

Pero era todo en servicio de Ana, que en ello tenia gran interés, y no titubeó.

Afortunadamente no tuvo que trabajar mucho.

A los pocos pasos que anduvo dió con lo perdido, es decir, con sus tres luises, y aun esta vez no se contentó con encerrarlos en la mano, sino que los guardó en la boca, único sitio donde los conceptuó seguros.

Solo que tuvo que contentarse con no hablar, lo cual fué una ventaja, pues así llegó antes y con antes á depositarlos en el tronco del sáuce.

IV.

La urraca ladrona.

Inescrutables son los designios de la Providencia; impenetrables sus juicios; raros los caminos que emplea la justicia de Dios para prevalecer sobre la tierra.

Cuando más seguro cree su triunfo el criminal, más cercano está el momento de la expiacion.

Dios es grande en sus designios: su justicia, aunque á veces se oculta, siempre resplandece, y siempre guarda en su manera de manifestar una leccion que debe sernos provechosa y enseñarnos á no desconfiar nunca de su proteccion cuando procedemos con rectitud.

El caso presente, verídico hasta no más, es una muestra palpable y patente de lo que arriba hemos expuesto.

La casa de Gervasio en la aldea tenia su fachada principal hácia la plaza; frente á ella estaba la fachada de la iglesia con su modesta torre y un campanario con canalo-

nes de piedra donde anidaban en verano las golondrinas, y entre ambos edificios la casa del ayuntamiento, cerrando el cuadro de la plaza. Allí estaba Ana oyendo la sentencia de muerte entre la multitud que la compadecia.

La plaza estaba silenciosa y el pueblo triste.

De repente un hombre desembocó por una de las callejuelas; era Granville, el padre de Ana, que harto ya de esperar en su escondite y recelando alguna desgracia, habia resuelto arrostrarlo todo. Además, en el camino habia visto varios grupos de gente que se dirigian á presenciar el juicio, y algunas palabras sueltas le enteraron del crímen, si bien no conocia aun á la acusada.

Otro soldado llega y le abraza; era Marcial, compañero suyo en el regimiento, único que sabia el sitio de su retiro y que le traia una buena noticia. Reunido el consejo para juzgarle, todos los oficiales se habian interesado por él á causa de su buen comportamiento, y aun su mismo capitan declaró que lo acalorado de sus reprensiones habian dado márgen al arrebato de Granville. Todas estas circunstancias habian hecho que sus jefes solicitasen el perdon, á lo que el monarca accedió de buen grado, y Marcial era el portador del real despacho. Pasados los primeros trasportes de alegría, Granville comunicó á su amigo la tardanza de su hija, los rumores que corrian de que una criada de Gervasio estaba presa por haberle robado, y de comun acuerdo decidieron ambos ir al ayuntamiento donde les enterasen de todo.

En este momento apareció Blas que ya habia cumplido la comision que le dió Ana, y que cansado, más por la pena que embargaba su corazon que por el paseo que habia dado, se sentó en el banco de piedra que habia en la puerta de su casa.

Allí, reflexionando sobre la triste situacion de la doncella, sacó la cruz de plata que le hubo dado aquella mañana para besarla; recordando que tenia que entregar otra prenda á Miguel, dejó la cruz en el banco para buscar la sortija en su bolsillo.

En este momento descendió poco á poco la urraca, y despues de darle un fuerte picotazo en el cuello, agarró con el pico la cruz de plata y echó á volar deteniéndose en el campanario de la torre.

Blas, furioso al observar aquella operacion, y mal humorado al verla, abrió la puertecilla de la torre y empezó á subir la escalera con el ánimo poco tranquilizador de retorcerla el pescuezo.

En tal instante salia del ayuntamiento la lúgubre comitiva, Ana, entre gendarmes, caminaba hácia su prision para esperar el momento en que se cumpliera la sentencia, detrás el bailío con iracundo ademan, y luego todo el pueblo.

Ana, al pasar por delante de la morada donde habia pasado dias tan felices al lado de su Miguel, no pudo menos de detenerse para dirigir un triste adios, cuando la campana empezó á voltear alegremente como en un dia de júbilo y fiesta.

No era ni aun hora de vísperas, ni habia ningun motivo para aquel repique, creyendo que el sacristan se habia vuelto loco; pero cuál seria su sorpresa al ver á Blas en lo alto gritando y gestionando con un objeto reluciente en la mano.

—¿Qué es eso? preguntó el bailío.

—Deténgase todo, suspéndase todo, gritaba Blas; Ana es inocente... ¡no en vano lo afirmaba yo!... Sé quién es el autor del crímen...

—Baja pronto, murmuró el bailío.

—Sí, sí, que baje, contestaba el pueblo á coro.

Y Blas bajó, efectivamente, y empezó á hablar.

Al subir á la torre en persecucion de la urraca por recobrar su cruz de plata, bajo uno de los maderos atravesados que sostenian la techumbre, habia visto brillar un objeto; alargó la mano y tomó la cuchara y el tenedor que iban á causar la muerte de Ana, y tras esto una multitud de objetos, fruto de la rapiña del ave; porque en resúmen, aquel era el nido donde la urraca escondia cuanto podia atrapar.

Terminada aquella relacion, todo el pueblo, sin aguardar órden ninguna, desató las ligaduras de Ana; Miguel estaba á sus piés llorando de alegría, Gervasio y Juliana la abrazaban, y solo el bailío estaba triste al ver que se escapaba su venganza.

De pronto un hombre rompió el círculo que rodeaba á la jóven y se precipitó en sus brazos.

—¡Ana! ¡hija mia!... exclamó Granville.

—¡Ah! callad que os perdeis, dijo la doncella al reconocer á su padre y recordando su desercion.

El bailío trató de arrestarle sonriendo ante esta nueva ocasion de saciar su ira; pero entonces Granville enseñó el perdon, y tuvo que ceder mal de su grado.

Así terminó esta rara historia por la mision de Dios.

Inútil es decir que Ana y Miguel se casaron y vivieron felices en compañía de sus ancianos padres y del buen Blas.

En cuanto á la infame urraca, que alisaba el pelo con su pico cuando iba á morir la pobre Ana por causa suya y que tantos trastornos habia causado, murió aquel mismo dia á manos de Blas, que tuvo el gusto de retorcerla el cuello, y que aun creia que era un castigo demasiado blando para sus culpas.

Pasaron muchos años sin que los habitantes de la aldea dejaran de sentir un fuerte estremecimiento á la vista de un pájaro de tal especie, recordando la aventura de la pobre Ana, que tanto pudo haberla costado.

FIN.